

cir sino que el *derecho* del Monarca no encuentra en la sociedad otro *derecho* que le *limite*. Cuando se dice de una Monarquía que es despótica, nada más se quiere decir sino que la *fuersa* del Monarca no encuentra en la sociedad otra *fuersa* que la *resista*¹. Cuando se dice de una Monarquía que es despótica y absoluta, nada más se quiere decir sino que ni la *fuersa* del Monarca encuentra en la sociedad otra *fuersa* que la *resista*, ni su *derecho* otro *derecho* que le *limite*. Si esto es así, me creo autorizado por la razón y por la Historia para afirmar que la Monarquía goda fué una Monarquía absoluta, pero no una Monarquía despótica, puesto que por una parte la autoridad del Monarca no encontraba límites en la ley, y por otra el ejercicio de esa autoridad encontraba en el elemento religioso y en el elemento democrático dos resistencias invencibles, dos obstáculos insuperables.

Dedúcese de todo lo dicho: lo primero, que los que afirman de la Monarquía española que ha sido despótica porque ha sido absoluta, no conocen ni los caracteres esenciales de las Monarquías absolutas, ni los de las Monarquías despóticas; lo segundo, que los que nada más afirman de la Monarquía española sino que ha sido absoluta, no caracterizan suficientemente su índole y su naturaleza, puesto que el absolutismo puede combinarse con elementos diferentes y aun contrarios entre sí en las sociedades humanas; lo tercero, en fin, que la Monarquía absoluta en España, considerada en su origen, ha sido el resultado, por una parte de la ausencia ó de la debilidad del principio aristocrático, y por otra de la combinación y la alianza del principio monárquico, del principio democrático y del principio religioso, personificados en el Rey, en el sacerdote y en el pueblo, que constituyen una sola institución, compuesta de tres personajes sociales.

Más adelante veremos cuán fecunda en resultados filosóficos es esta manera de apreciar las instituciones, no por las formas

¹ No es eso el despotismo; despotismo es abuso de autoridad en provecho del soberano y en perjuicio de los súbditos. —(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

de que se hallan revestidas, sino por los elementos sociales que las constituyen y que la perpetúan. Con este método, nuevo desgraciadamente entre nosotros, no será dado disipar con la luz de la Filosofía las tinieblas de la Historia.

II

DE LA MONARQUÍA ABSOLUTA DESDE LA IRRUPCIÓN DE LOS ÁRABES HASTA LA CONQUISTA DE GRANADA POR LOS REYES CATÓLICOS

I

En mi artículo último examiné la índole y la naturaleza de la Monarquía goda. En él procuré demostrar que esa Monarquía fué el resultado lógico de la combinación espontánea del principio religioso, del principio monárquico y del principio democrático, enlazados entre sí por un pacto perpetuo de alianza. Pero andando el tiempo esos principios se viciaron, y viciada entonces también la Monarquía de los godos, desapareció del mundo, sepultados en los campos que baña el Guadalquivir, los restos Imperiales de su vana pompa y de su estéril magnificencia.

El principio democrático cesó de animar al pueblo, el religioso fué viciado por los sacerdotes¹, y el monárquico por los Reyes. Los sacerdotes viciaron el principio religioso, transformando ese instrumento de salud en instrumento de ambición, y consagrándole á su servicio cuando ellos eran sus obligados servidores. El principio religioso perdió entonces su carácter espiritualista y divino, y se revistió de un carácter materialista y humano; la Religión, bajada del cielo para regenerar á la

¹ El principio religioso es de sí mismo incorruptible, y no puede ser alterado ni corrompido por los hombres. En España, aun después de la invasión de los árabes, se mantuvo puro é ileso, obrando verdaderas maravillas en muchos pechos nobilísimos. —(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

tierra, se vició con el contacto de los hombres, que, olvidados fácilmente de la divinidad de su origen, de señora que era de sus pensamientos la convirtieron en esclava de sus apetitos, y de Reina del mundo moral en servidora vil de los intereses del mundo.

La llama del principio democrático dejó al mismo tiempo de inflamar á las masas populares, entregadas á la indolencia y adormecidas en el ocio, desde que, vencedoras del arrianismo y de la aristocracia, y lisonjeadas por los Reyes, no encontraron enemigos delante de sí y vieron seguros sus intereses, y, sobre todo, triunfantes sus creencias. Entonces sucedió que, saboreando las delicias de la paz, se entregaron al sueño y al reposo, abandonándose ciegas á la merced del destino. Ni podía ser de otro modo si se atiende á que las masas populares carecen de unidad, de previsión y de concierto; sólo la inminencia del peligro puede obligarlas á agruparse alrededor de una bandera; cuando el peligro pasa el entusiasmo decae, y la unidad facticia y momentánea que el entusiasmo formó se quebranta y se fracciona. Mientras existe el entusiasmo, todas las individualidades se eclipsan; sólo resplandece el pueblo vestido de su armadura. Cuando el entusiasmo se extingue, el pueblo deja de ser una realidad para ser un nombre sonoro; en la sociedad entonces no hay más que intereses que se combaten, principios que luchan entre sí, ambiciones que se excluyen é individualidades que se chocan. En tiempos de paz y de reposo sólo aparecen en los hombres las calidades que los constituyen diferentes; en épocas de crisis y de exaltación moral sólo aparecen en ellos las que los constituyen semejantes; cuando las diferencias se esconden y las semejanzas aparecen, hay pueblo porque hay unidad, y la unidad es la que le constituye; cuando las diferencias aparecen y las semejanzas se esconden, no hay pueblo, porque no hay unidad social, sino intereses opuestos, principios rivales y ambiciones hostiles.

De aquí nace la inestabilidad del elemento democrático,

vencedor siempre en un momento de alarma y de peligro, y vencido siempre después en el estado de reposo. Esto explica también el vigor y la fuerza del principio aristocrático. Las clases aristocráticas tienen siempre un poderoso centro de unidad; porque así en los tiempos de agitación y de discordia, como en los de prosperidad y ventura, son más entre sus individuos las semejanzas que los unen que las diferencias que los dividen. Los tiranos son enemigos de la aristocracia porque *vela*, y amigos de la democracia porque *duerme*. Por eso la aristocracia es un elemento de *libertad*, y la democracia un elemento de *tiranía*.

El principio monárquico perdió su fuerza y su vigor desde que los Reyes, olvidados de sí propios, mientras que por una parte cedían el paso á los Prelados de la Iglesia, depositando su espada en las manos de sus súbditos, se decoraban por otra con renombres ambiciosos y con títulos bizantinos, confundiendo así, como se confunde siempre en los tiempos de decadencia, con el aparato el decoro, con la fuerza la hinchazón, con la majestad la pompa.

Entonces fué cuando, al ímpetu de un huracán venido de los desiertos del Africa, cayó por tierra para siempre el ya caduco edificio de la Monarquía de los godos, sin que quedase rastro en el suelo de aquella fábrica suntuosa, ni huella de los que la levantaron, siendo de España señores. ¿Ni cómo hubieran podido resistir á las aterradoras falanges que lanzó sobre la península ibérica la cólera divina, un sacerdocio olvidado de Dios y siervo de las ambiciones del mando, un pueblo entregado al sueño de la indolencia, un Trono que muchas veces había sido un cadalso, una Monarquía, en fin, adormecida en el ocio, gastada por los deleites y enervada con su fausto oriental y sus escandalosas liviandades? Si á esto se añade que la Monarquía goda carecía absolutamente de una aristocracia guerrera que le sirviese de escudo contra una invasión extraña, se concebirá fácilmente cómo naufragaron en un naufragio común el sacerdocio, el Trono y el pueblo.

Pero en la Monarquía de los godos había algo que no debía perecer, algo que debía resistir á todas las catástrofes y á todas las invasiones, algo que debía prevalecer sobre la acción de la conquista y las injurias de los tiempos; algo, en fin, de inmortal, porque siempre hay algo de inmortal así en el hombre que muere como en las sociedades que sucumben. Cuando el hombre muere, su parte mortal es despojo del sepulcro, y su parte inmortal se perpetúa en el cielo ¹; cuando las sociedades sucumben, su parte mortal es despojo; su parte inmortal, alimento y vida de la Historia.

Lo que es el alma en el hombre, son en la sociedad los principios. Inmortales una y otros como emanaciones divinas, jamás se apaga su lumbré en el horizonte del mundo, que recibe la animación y la vida de sus maravillosos reflejos. ¿Qué importa que la Grecia abra su seno virginal á los bárbaros del Occidente, que entregue á su profanación sus magníficos templos y sus soberbias estatuas, sus mágicos pensiles y su silenciosa tribuna, y que, abandonada de sus dioses, viuda de sus ilustres capitanes, huérfana de sus oradores, de sus filósofos y de sus artistas, se recline en su sepulcro olvidada de su gloria? De ese sepulcro se salvaron, para fecundar los siglos, el genio de la libertad, el genio de la filosofía y el genio de las artes. Roma abre para recibir á tan ilustres huéspedes las puertas del Capitolio; y cuando el Capitolio fué á su vez presa de los gigantes del Norte, ellos se remontaron sobre las inmensas ruinas y los deformes escombros confusamente esparcidos sobre la faz de la tierra, hasta que, aplacado el cielo y serenadas las tempestades, volvieron á ser la vida de una nueva civilización y el alma de un nuevo mundo.

Así también, cuando la Monarquía goda sucumbió en las famosas orillas del Guadalete, habiendo llevado las huestes sarracenas lo mejor de la batalla, la Monarquía pereció; pero sus principios constituyentes se salvaron, porque eran los

¹ Van al cielo los que guardan los Mandamientos de la Ley de Dios. Donoso no quiso decir otra cosa; pero buena es siempre la claridad. (NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

principios constituyentes de la sociedad española. Los árabes pudieron vencer á Rodrigo, pudieron vencer á los sacerdotes, pudieron vencer al pueblo; pero el principio democrático debía sobrevivir al pueblo, el religioso á los sacerdotes y el monárquico á Rodrigo. Nosotros vamos á presenciar ahora uno de los espectáculos más magníficos que puede ofrecer el variado panorama de la Historia á los ojos de los hombres. En la Monarquía de los godos hemos podido observar de qué manera se vician los principios en su tránsito por el mundo, y de qué manera, cuando han sido viciados, degeneran las sociedades y se extinguen; ahora vamos á ver de qué manera esos mismos principios, purificados con los torrentes de sangre en que se anegó para siempre la Monarquía de los godos, dieron vida á una nueva sociedad afirmada sobre una base más ancha, sobre más firmes cimientos. Hasta aquí hemos observado la acción deletérea de las sociedades sobre los principios de quienes reciben su esplendor, á quienes deben su gloria; ahora vamos á observar la acción vivificante y fecunda de esos mismos principios sobre las sociedades humanas.

Un siglo de existencia religiosa y militar había bastado á los sarracenos para derramarse por las regiones más apartadas del mundo. La Media, el país de los partos, la Siria y el Egipto, se postraron vencidos ante el pendón glorioso de Mahoma. Sus sucesores le llevaron después al Occidente, y penetrando por el Africa se extendieron por sus costas, y echaron por tierra las frágiles murallas de Cartago, allanadas en otro tiempo por Escipión y levantadas del polvo por Augusto. Una profecía misteriosa señalaba á esa ciudad como el punto en donde había de nacer el hombre á quien estaba reservado el destino de destruir el Imperio del profeta; sin duda la voz de las tradiciones había dicho á aquellos bárbaros que aquella ciudad había servido de cuna al gigante que, vencedor en Cannas, había fijado su sangrienta pupila sobre Roma. El recuerdo de Aníbal es tan grande, que hace temerosas hasta las ruinas, la orfandad y la desolación de Cartago.

Señores los sarracenos de las costas africanas, y ardiendo en sed de engrandecimiento y de conquistas, se aprovecharon de la coyuntura favorable que la traición ó el descontento les ofrecieron en un día nefasto para el pueblo de los godos, y atravesando la mar, tremolaron su estandarte en la península española. Vencidos fácilmente cuantos obstáculos se opusieron á su dominación, derrotadas en todos sus encuentros las huestes enemigas, marcharon por la península adelante hasta dilatar por toda ella su duro señorío. Desde esta época, sus victorias no pueden reducirse á suma; su ambición no tuvo límites, y el orbe les vino estrecho. Derramados por la Galia meridional, por la Italia, por la Dalmacia, por la Iliria, por la Albania y por la Morea, hubo un momento en que la balanza de los destinos del mundo quedó suspensa en su fiel, y en que las naciones pudieron dudar, si la fe hubiera permitido la duda, hacia dónde habían de volver sus ojos arrasados de lágrimas para adorar á su señor: si hacia los melancólicos campos de la Palestina, ó hacia los estériles y abrasados desiertos de la Arabia.

Apoderados los sarracenos de las nueve décimas partes de la península, sólo quedaron exentas de su yugo una parte de Aragón y las cumbres inaccesibles de Asturias, de Vizcaya y de Navarra. Sus rudos habitantes eran pobres, pero independientes y altivos. La mayor parte de aquellas soberbias cumbres no tenían una huella que hubiera sido estampada por el pie del extranjero, y esta indomable gente no había aprendido jamás qué cosa es la esclavitud, ni de la tradición ni de la Historia. Refugiados allí los pocos que, habiendo salvado sus vidas, querían también salvar su independencia, entre los naturales y los huéspedes acometieron la empresa más ardua entre cuantas refieren los anales del mundo: la de rescatar á toda la nación, postrada y exánime, de su ignominioso cautiverio; y lo más admirable es que se llevó á cabo esa empresa porque la nación fué rescatada.

¿Cómo fué que los pocos, olvidados sin duda por débiles y

humildes, supieron derrocar desde su altura á los muchos, que eran fuertes y soberbios? ¿Cómo fué que el pueblo vencedor se vió obligado á cejar delante del vencido? ¿Cómo pudo vencer la Monarquía al Emirato, habiendo sido los Monarcas vencidos por los Emires? ¿Cómo retrocedió el islamismo delante de la Cruz, habiendo sido abatida por el estandarte del profeta? ¿Cómo salieron fuertes del campo de batalla los vencidos? ¿Cómo, en fin, se convirtieron en débiles los fuertes después de la victoria? No habiéndose disminuído las fuerzas físicas de los sarracenos, ni acrecentándose las de los naturales, ni las fuerzas físicas ni el número son poderosos para explicar este cambio en sus destinos, esta mudanza de su suerte. Ahora bien: como los acontecimientos no se producen en el mundo sino en virtud de las fuerzas físicas ó de las fuerzas morales, cuando un cambio ó un trastorno no tienen origen en las primeras, le han de tener forzosamente en las segundas ¹. Cuando un hecho no está explicado, su explicación se encuentra en un principio.

Reservándome para más adelante demostrar la rigurosa exactitud de la proposición que ahora anticipo, diré que el cristianismo salió vencedor del islamismo, el pueblo cristiano del pueblo sarraceno, y los Reyes de Asturias, de León y de Castilla de los Emires de Córdoba, porque los principios constituyentes del pueblo conquistador, efímeros de suyo, se viciaron después de la conquista, mientras que los constituyentes del pueblo vencido recobraron después del vencimiento su maravillosa energía y su primitiva pureza. De esta manera, las mismas causas á cuyo influjo debieron los árabes sus rápidas victorias, dieron después al pueblo cristiano aquella heroica constancia que, andando el tiempo, le rescató de su ignominiosa servidumbre, con mengua de sus señores.

Dejando para el artículo próximo el examen del pueblo cristiano, será bien me ocupe en éste, aunque con toda la bre-

¹ Olvidábase aquí Donoso del principal factor á quien se debe la reconquista: del auxilio eficaz y visible de Dios.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

vedad posible, del islamismo, en cuanto dice relación con los asuntos de España.

El Código del profeta, sancionando el dogma de la fatalidad y sujetando á reglas escritas, inalterables é inflexibles, no sólo todos los deberes morales, políticos y religiosos, sino también los civiles y los domésticos, suprime la libertad en el mundo, porque á un mismo tiempo encadena el cuerpo y aprisiona el espíritu; y encadenando al uno y aprisionando al otro, ataca hasta en sus gérmenes el principio de la perfectibilidad que se desarrolla en el seno del hombre y en el de las sociedades humanas. Por esta razón el Corán, que en su inflexible rigidez petrifica cuanto toca, sólo reconoce una virtud social y una forma de Gobierno: la resignación y el despotismo. Cuando una sociedad se envilece hasta el punto de renunciar absolutamente al pensamiento, todas las pasiones grandes se extinguen en su corazón helado; todas las fuerzas vitales abandonan sus miembros entumecidos; su vida es una vegetación perezosa, y cuando ha acabado de vegetar permanece estúpidamente inmóvil aguardando impasible el rayo que ha de convertirla en polvo, y que ha de bajar del cielo. En tal estado se presenta á nuestros ojos Constantinopla, Reina ayer de dos mundos, pasto tal vez mañana de las águilas moscovitas, y hoy cadáver embalsamado con las brisas del Oriente y tendido con majestuosa inmovilidad sobre un magnífico lecho.

A estas causas generales de una precoz decadencia reunían los conquistadores de España otras especiales, que habían de producir su rápida disolución con su poderoso influjo. La principal de todas consiste en que sus huestes, unidas por el entusiasmo en el período de la invasión, perdieron toda unidad y concierto después de la victoria, como compuestas de diversas gentes y naciones, todas ardiendo en sed de mando y de despojos, y entre sí mal avenidas. Ocupaban los grados superiores de la jerarquía social los árabes, los sirios y los egipcios. Estas eran las razas aristocráticas. Después venían los africanos, raza feroz y turbulenta que, ocupando los grados inferio-

res de la escala social, sufría impaciente su yugo y su estúpido ilotismo. Cada una de estas razas estaba dividida á su vez en parcialidades y bandos, y los odios que estas parcialidades alimentaban en su seno eran tan antiguos en algunas que para asignarles fecha es necesario remontarse á los tiempos anteriores á Mahoma.

Esto basta para explicar por qué los árabes, después de la conquista, no supieron edificar nada sobre los escombros esparcidos por toda la península española. Contrastado por guerras intestinas, por locas rivalidades, por torpes crímenes, por ambiciosas insurrecciones, por escándalos y desafueros, el Gobierno de los Emires fué débil, turbulento y desastroso. Los Emires sólo pensaban en afirmar su poder; los Gobernadores de las provincia en hacerse independientes de los Emires, y los Gobernadores de las ciudades en sacudir el yugo de los Gobernadores de las provincias. Ni era posible que esta disolución encontrase remedio en la autoridad vigilante y protectora de los Emires del Africa y de los Califas de Damasco, porque los Imperios que regían eran presa también de trastornos interiores y de conmociones violentas. El gigante fantástico y aterrador del islamismo se devoraba á sí propio después de haberse presentado para reclamar su herencia en las más apartadas regiones, y cuando soñaba en su delirio rodear con sus nerviosos brazos al mundo.

Entonces sucedió que la terrible unidad del Imperio de los Califas fué quebrantada y dividida en fracciones. Los árabes de España se hicieron independientes; y habiendo elegido por su Soberano y Señor á Abdel Rahmán, último descendiente de los Califas omiaditas, raza ya destronada, Córdoba fué el centro de su poder y la silla de su imperio.

Esta revolución, realizada á fines del siglo VIII, dió principio á una nueva era para los árabes. Ya entonces los rudos montañeses, que habían de restaurar una religión ¹ y redimir

¹ En lugar de "una religión," léase "la religión," porque fuera de la Religión verdadera no hay en el mundo sino superstición ó idolatría. — (NOTA DE ESTA EDICIÓN.)